

CAPITULO XX.

Presentimientos.

Sentado sobre un sillón de brazos, puesta la mano en la frente, triste, y en ademán pensativo, se ve un joven, en cuyo pálido rostro están impresas las huellas de profundos padecimientos físicos y morales. Su rostro pálido y descarnado, está bañado de una sombra melancólica que revela el delicado temple de un corazón sensible, en donde no han penetrado aún los sentimientos especulativos que hieren de muerte el dulce amor, la tierna compasión, la ardiente caridad, y todos los nobles afectos que enaltecen á la criatura humana: sus ojos grandes

y negros, que aparecen mayores sobre la flaca y macilenta faz, están velados por las vaporosas lágrimas próximas á desprenderse, y que se extienden como una trasparente tela sobre sus húmedas pupilas: sus labios, blancos como el papel, se entreabren de vez en cuando y trabajosamente para exhalar un suspiro que brota del corazón, y su pecho respira con violencia, oprimido por los secretos sufrimientos que le desgarran.

Junto al sillón en que descansa este hombre, que tanto indica padecer, se descubre una cama de dorado bronce, velada por un rico pabellón que permite ver las blancas y finas sábanas de Holanda de un blando lecho aún sin componer, que manifiesta los pocos momentos que lo abandonó el ser que debió pasar la noche en él.

En medio de la pared de la izquierda, y á distancia de dos varas de la puerta que da entrada á esta alcoba, se ostenta una percha de barnizada caoba, con elegantes pantalones, chalecos y levitas, cubiertos en aquel momento por una cortina de damasco

azul; enfrente, en la pared contraria, se admira un lujoso lavamanos de exquisita hechura, con finísima aljofaina de porcelana de China, y una hermosa y dorada jarra de lo mismo, y á corta distancia un elegante tocador con grande espejo, y provisto de jabones aromáticos, de finas pomadas y de exquisitas esencias.

Eran como las diez de la mañana, y sin embargo, cualquiera hubiera dicho que acababa de despuntar el crepúsculo matutino: tan avara era la luz que penetraba al través de las flotantes cortinas que velaban la puerta vidriera de aquella alcoba, envuelta en medias sombras.

Nada se movía en ella.

El silencio que reinaba era profundo.

Parecía que el alma de aquel hombre había comunicado á los objetos la sombría tristeza de que estaba poseida, y á juzgar por la quietud que por todas partes reinaba, y por la inmovilidad del melancólico sér que sentado en su sillón y envuelto en una lujosa bata continuaba en la misma actitud meditabunda, cualquiera se hubiera

creído conducido á un abovedado mausoleo ó á una misteriosa pagoda que guardaba el embalsamado cadáver de un alto personaje que esperaba en aquella actitud la tremenda hora del juicio universal.

De repente se oyó el ligero ruido producido por los pasos de alguna persona que se acercaba con precaución para no molestar sin duda al que dentro estaba.

Poco despues cesó aquel, y se dibujó detras de la cortina que velaba la puerta vidriera, la sombra de una mujer que parecía escuchar si álguien se movía.

Pasados algunos instantes de esperar inútilmente, se aventuró á preguntar con voz no muy fuerte.

—¿Se ha levantado vd. ya, señor amo?

El jóven á quien se dirijia la pregunta no hizo ni el mas leve movimiento, y contestó con débil acento y sin levantar la cabeza que apoyaba sobre la palma de la mano.

—Sí, Cecilia.

—¿Le traigo á vd. el desayuno?

—Entra.

La puerta se abrió dando entrada á una

criada de edad regular que conducia un plato con un pozuelo de *atole* (2) y algunas tostadas muy delgadas de pan: era de aspecto franco y bondadoso, y en su traje revelaba á la leal *ranchera* (2) mexicana.

—¿Cómo se siente vd., señor D. Rafael?

Dijo poniendo lo que llevaba, sobre una silla que la acercó al enfermo.

—Casi igual, Cecilia.

Respondió tristemente Rafael quitando la mano de la frente y exhalando un suspiro.

—No lo permita Dios, señor amo: ahora siquiera se encuentra vd. en la convalecencia, cuando hace quince dias se encontraba atacado de una fiebre espantosa.

—Es verdad: la fiebre de la cabeza ha desaparecido, pero ha quedado la del corazón.... han calmado los padecimientos físicos, pero han crecido los del alma!....

Y las facciones del convaleciente se demudaron de una manera marcada, como si

(1) Líquido de maíz que sirve de alimento á los enfermos.

(2) Mujer del campo.

los recuerdos renovasen las mal cerradas heridas de su pecho.

—Pero no se entregue vd. al dolor: es menester que busque vd. distracciones, señor amo: que cuando se encuentre vd. restablecido, salga á la calle, y haga visitas.

—Sí.

—Que no se deje vd. dominar por la pena.

—Tú no sabes, buena Cecilia, lo que son los padecimientos del alma, y por lo mismo crees que es fácil arrojarlos de nosotros como se arroja un traje cuando nos molesta. En el campo amais sin contradiccion, os unís á la persona que elegís y nada se opone á vuestra felicidad; pero en las grandes ciudades, aquí á donde vienen á reunirse los hombres de todas partes, los buenos y los malos, los aspirantes y los verdaderos patriotas, los virtuosos y los hipócritas; aquí donde se confunden todos como se confunden en el mar los rios de limpias aguas y los de linfas corrompidas, los apacibles arroyos y los destructores torrentes, aquí el padre, el esposo, el hermano y el amante,

viven en continua zozobra y sobresalto, vigilando el precioso tesoro que realiza el bello ideal de su existencia, temiendo que se lo arrebaten á cada instante como me lo han arrebatado á mí.... á mí que he apurado hasta las heces la copa del dolor en el instante mismo en que acercaba á mis labios la ambrosia de los dioses!....

Y Rafael quedó abatido con la memoria de sus futuras esperanzas y sus presentes realidades.

—Ya lo veo;—dijo Cecilia conmovida por la tristeza que velaba el semblante de su amo:—¿Quién me habia de decir á mí que los muebles que trajo su merced, y que colocamos en la sala para cuando viniese á vivir á esta casa mi nueva ama Luz, se verian empolvados tantos dias, y que esa preciosa criatura que estaba destinada á su merced, se la llevarian á su pesar! ¡Pobre señorita! Yo no la ví mas que la vez que me envió vd. á su casa con las donas, pero su fisonomía quedó tan grabada en mi mente, que nunca se me barrará.

Rafael suspiró.

—Pero es preciso no perder la esperanza, señor amo:—continuó la criada notando el abatimiento del desgraciado jóven:—todos los amigos de vd. se han propuesto hacer cuanto esté de su parte para encontrarla, y como la policía logre dar con el malvado, todo tendrá remedio: ¿no le parece á su merced?

—Sí, sí:—contestó Rafael tratando de cortar aquel diálogo.—Pero ahora déjame solo; y si viene alguno de mis amigos, dile que pase.

—Está muy bien, señor amo.

—Ya sabes, al doctor, á Leopoldo y al señor Nuñez, únicamente.

—Sí señor. ¿Y no quiere vd. que haga la cama antes de irme?

—No; despues la harás.

—Como vd. disponga. ¡Dios quiera que se alivie vd!

Y la criada salió dirijiendo á su amo una mirada de compasion y de ternura.

—¿Qué me alivie....!—exclamó Rafael con profunda amargura al verse solo.—¡No

hay alivio para las dolencias del alma....! no hay alivio para el que le arrebatan en un solo instante el tesoro que ha adorado toda su vida....! ¡No hay alivio para el mal que me consume....! ¡Luz era el aliento de mi existencia, el alma que animaba la mía, el bálsamo consolador de las desgracias....! ¡Sin ella me falta el aliento vital, el alma y la eficaz medicina á mis dolencias....! ¡Ah! ¡por qué en vez de la ardiente fiebre que se apoderó de mí desde la noche fatal que la arrancaron de mi lado, no me envió Dios la muerte para ahorrarme horribles padecimientos....? ¿Por qué en vez del lecho á que me condujeron en completo delirio, no sintió mi cuerpo el frio de la tumba....!

Y el desgraciado jóven, profundamente conmovido, sintió desfallecer sus brazos, y sin fuerzas para sostener el plato, lo colocó sobre sus rodillas, inclinó el rostro sobre el pecho, y sintió desprenderse de sus ojos algunas lágrimas que fueron á caer sobre el medicinal alimento que acercaba á sus labios.

—¡Llanto.... lágrimas....!—continuó despues de un momento:—¡Ah! si alguno me las viese verter, se reiria de mí....! ¡Reirse....! ¡Ah! sí.... Pero no se reirian los hombres de alma sensitiva: no se reirian los hombres que han conservado al traves de la corrupcion y del egoismo que vienen desmoronando á los pueblos, los nobles sentimientos de la caridad y de la compasion...! No se reirian los que saben que las lágrimas del hombre son gotas de sangre que brotan de un corazon herido, no por el miedo, la pusilanimidad ó la cobardía, sino por el exceso del cariño y del amor, que engendran rasgos de heroismo y de generosidad.... ¿Qué puede esperar la sociedad del hombre que permanece impasible y con los ojos enjutos ante las mas tiernas escenas de la vida....? ¡Ah! solamente los réprobos no lloran, porque en su corazon se ha secado la fuente celestial de la sensibilidad, apoderándose de él la envidia, el odio, la crueldad y la venganza....! No; yo no me avergüenzo de estas lágrimas que me arranca la memoria de la mujer que amo, porque ellas me

anuncian que Dios no ha retirado su bondad y su misericordia de mi alma....! ¡Corred, corred, lágrimas arrancadas por la dulce memoria del ángel puro de mi soñada felicidad....! ¡Corred, corred, amigas consoladoras de mi infortunio....!

Y Rafael sintió agolparse á sus ojos en mayor abundancia las lágrimas evocadas por los tiernos recuerdos de su íntima pasión: su pecho se ensanchó con aquel llanto en que salía deshecha la pena que le oprimía, y su corazón exhaló en suspiros el peso que le quitaba la respiración.

El sonido de una campanilla vino á interrumpirle en sus meditaciones: oyó que alguien se acercaba; se enjugó el llanto, y á poco vió que se abría la puerta de la alcoba, presentándose el doctor Willey.

En la fisonomía de Rafael brilló el placer que se experimenta en la desgracia á la vista de una persona á quien juzgamos interesada en aliviar nuestros males y que toma parte en nuestros infortunios.

—Tenga vd. la bondad de tomar una silla:—dijo el convaleciente jóven sonriendo

dulcemente:—¿Ha adquirido vd. algunas noticias, mi querido amigo?

El doctor acercó la silla á su confiada víctima; se sentó á su lado; le estrechó la mano con hipócrita interés, y le contestó.

—Positivas, ningunas, mi querido Rafael; pero sí con visos de probabilidad que puedan conducirnos al objeto deseado.

Los ojos del convaleciente brillaron de alegría, y en su pálido semblante la luz de la gratitud y de la esperanza.

—¡Ah...! cuénteme vd., compañero; cuénteme vd. las noticias que ha adquirido con respecto á la mujer que adoro, y cuya pérdida me costará la vida.

Y fué tan fuerte la conmoción que sintió el desventurado jóven con solo pensar que iba á oír hablar del ángel de sus amores, que tuvo que reclinarse sobre el respaldo del sillón para no caer.

Y es que Rafael amaba con todas las veras del alma: como ama el hombre de nobles sentimientos, de corazón sin doblez y de esmerada educación, que se avergonzaría de expresar lo que no siente, que se juz-

garia envilecido si profiriesen sus labios una palabra engañadora que no se hallase en disposición de cumplir; uno de esos hombres que se respetan á sí mismos, que tienen la falsía por una iniquidad; que consideran el corazón de la mujer como una flor de purísimos perfumes, cuyo cáliz virginal no debemos envenenar con el aliento impuro de falsos juramentos, sino aumentar su lozanía con las auras de una pasión íntima, tierna, respetuosa y leal: uno de esos hombres que al decir á una mujer "te amo," es porque aquellas palabras salen del fondo de un alma bondadosa, llena de virtud y de cariño, de respeto y de amor.

Y esos hombres encuentran siempre correspondencia firme, invariable á su amor; porque, la mujer, dotada de una exquisita sensibilidad, nunca es la primera en olvidar; y semejante á la yerba del amor que solo mira al suelo cuando el sol que adora se ausenta á alumbrar otro hemisferio, aparta los ojos del objeto idolatrado, del sol de su constante amor, al verle que ingrato y despiadado se oculta entre las sombras de

la ingratitud, para dejarla llorando y marchar á ofrecer su pasión á otra inocente mujer que ignora su criminal falsía.

Los que no cuentan con ese fondo de moral, con esos hidalgos sentimientos, únicos con que se conquista el tierno corazón de esa dulce mitad del género humano que encierra inagotables tesoros de virtud y de cariño; los que haciendo ostentación de interesantes y seductores se acercan á cada jóven que ven hermosa, á mentir una pasión que nunca han sentido, sin mas objeto que el de vanagloriarse entre sus superficiales amigos del número y nombres de sus inocentes víctimas, esos nunca gozarán los deleites inefables que proporciona una correspondencia indestructible, porque descubierto su engaño, cada jóven, procurando sanar las heridas de su alma, les mirará con el horror con que se mira al verdugo de nuestra felicidad, introducirán la desconfianza en el candoroso corazón de la mujer que un tiempo les creyera, y nunca tendrán derecho para acusarla de mudable y perjurá.

Vais y mentís amor á la primera mujer que os agrada, le haceis promesas y juramentos que nunca pensais cumplir, y cuando veis conmovido aquel corazon, cuando veis que vuestras seductoras palabras han filtrado en aquella alma virginal y pudorosa; cuando la veis supeditada y adormecida al acento falaz y melífluo que formulan vuestros engañadores labios; cuando la veis en fin, que no tiene mas voluntad que la vuestra, otro deseo que el de agradaros, ni mas pensamiento que el vuestro, entonces buscáis un vano pretexto, os apoderais de la mas inocente sonrisa que la urbanidad y la educacion le ordena que dirija á otro, os valeis del pretexto mas fútil y menos justificable para relevaros del compromiso que siniestramente contrajisteis. Si os cree.... ¡desgraciada de ella!.... la pena y el dolor, la tristeza y el sentimiento, rasgarán su corazon, aniquilarán su existencia!.... y si no os cree.... ¡desgraciada tambien! porque su incredulidad, naeida de los engaños que han desencantado su corazon, le obligará á no dar crédito á las sinceras y

cariñosas palabras de un jóven recomendable y honrado que, atraido de sus virtudes y de su hermosura, aspire con todas véras á la posesion de su mano.

Y esos hombres vanos, son los primeros en denigrar á la infeliz mujer; porque para justificar su incalificable volubilidad no encuentran otro medio que el de calumniarlas y atribuirles todos los defectos de que ellos adolecen.

Pero no sucedia esto con Rafael y la encantadora Luz. El primero, dotado de un corazon noble, virtuoso y delicado, tenia formado un alto concepto de la mujer, y miraba como un crimen la falsía y el engaño que otros tienen por entretenimiento y diversion: amaba al objeto que habia interesado su alma, con ese respeto, con esa veneracion religiosa con que amamos á los seres celestiales, y sus labios siempre púdicos y respetuosos, jamas formularon otras palabras que las dictadas por la ternura, la deferencia y el amor.

Por su parte la interesante jóven correspondia á aquella pasion con toda la inten-

sidad, con toda la pureza, con todo el ardor con que ama el alma virginal de la mujer, antes que el envenenado aliento de los falsos amantes mate en flor sus celestiales ilusiones.

Por eso Rafael, que habia concebido alguna esperanza al escuchar las consoladoras palabras del doctor, esperó profundamente conmovido la fausta noticia que tenia relacion con el sér á quien se dirijian como á un centro de atraccion todas sus ideas, todos sus pensamientos, todo su porvenir, su alma y su existencia.

Wiley manifestó conmoverse á la vista de los padecimientos de aquel hombre, en cuyo pálido semblante estaban retratados á la vez el temor y la esperanza, la fô ardiente y la resignacion.

—Sabe vd.—le dijo dando á su fisonomía un tinte de profunda compasion—que tomo un vivo interes en todo lo que á vd. le pertenece, y que nada me arredra cuando se trata de su felicidad.

—¡Gracias, mi generoso amigo, gracias!...

Exclamó Rafael enternecido por aquellas falsas demostraciones de cariño.

—Impulsado, pues, por este sentimiento de amistad, no he descansado un instante, tratando de averiguar algo sobre el extraño acontecimiento de esa funesta noche en que vuestra idolatrada Luz fué arrancada del hogar paterno, y nosotros amarrados inhumanamente por unos enmascarados.

—¿Y qué ha sabido vd?

—Sabe vd. que esos hombres despues de haber cometido el rapto, dejaron el coche abandonado en la plazuela de Buenavista, soltando las mulas para mayor seguridad.

—Nada de eso ignoro.

—Pues bien; empeñado yo en encontrar una luz que me condujera al fin que nos hemos propuesto, no dejé casa, vivienda, ni accesoria ninguna donde no preguntase; hasta que una pobre mujer, á cuyo esposo curo, me dijo: “Señor, en esa noche á que vd. se refiere, yendo yo por una medicina, ví entrar en un cuarto, que hasta ese mismo dia habia estado deshabitado, tres hombres y una señorita muy bien puesta, que